al fin el viaje hácia mediados del mes de junio. Iba en compañía de la reina, como dama de honor y recibiendo muy particulares y esmeradas muestras del real aprecio, la duquesa de la Victoria, que se mostraba agradecida al favor que recibía. Muy á principios de su jornada la córte tuvo una prueba de la imprudencia que se había cometido emprendiéndola. Una fuerza no corta de las tropas de Cabrera, situada en fuertes que no pareció necesario desde luego combatir, viendo á su general en completa retirada, abandonó sus puestos y trató de abrirse paso á las provincias septentrionales, donde juzgaba todavía ser su parcialidad poderosa, ó á la vecina Francia, donde encontraría asilo. En su camino estuvo á punto de tropezar con las reales personas, no siendo su fuerza inferior á la que las escoltaba. Aproximóse por fortuna con celeridad una division mandada por D. Manuel de la Concha, y cayendo sobre el enemigo, le desbarató á punto de aniquilarle. Pero al mismo tiempo otra parte de las mismas fuerzas, capitaneada por Balmaseda, uno de los mas activos y crueles caudillos de D. Carlos, que en varias expediciones por Castilla durante la guerra civil había ilustrado su nombre, infundiendo extremado terror en las poblaciones indefensas, se lanzó al territorio teatro de sus pasadas hazañas, donde no había á la sazón tropas suficientes para cortarle el paso. Quiso hacerle resistencia la poblacion de Roa, y pagó su atrevimiento con ser incendiada, quedando gran parte de ella consumida por las llamas. Siguió adelante Balmaseda, y, aunque ya perseguido, con audacia y pericia logró atravesar, sin ser molestado, el rio Ebro, y entrarse en las provincias, donde había ardido la guerra civil tantos años, con la esperanza de encender de nuevo las que se figuraba vivas pavesas. Conmovióse toda España al saber un suceso que amenazaba con los mas graves peligros. No se habían cumplido puntualmente las promesas hechas á los vascongados y navarros, aunque tampoco pudiese decirse todavía con verdad que se hubiese faltado á ellas enteramente, y se temía no poco del descontento de aquellos naturales, en cuyos ánimos batallaba el no perdido amor al pretendiente con el horror causado por los estragos de la guerra. Por fortuna venció este último afecto al primero, y el caudillo carlista vió levantarse como contraria la poblacion que esperaba encontrar amiga. Viniendo á un tiempo sobre él las tropas de la reina y cuerpos de los naturales, que por todos lados le molestaban cerrándole el camino, solo pudo huir con habilidad hasta conseguir entrarse en el territorio francés sin pérdida notable. Estos acaecimientos, últimos de la guerra civil, probaron que, en lo relativo á las pretensiones de D. Carlos, descansaban en firmes cimientos la paz de la monarquía española y el trono de Isabel II.

Pero este último estaba destinado á ser combatido por otro linaje de contrarios, que, si bien no resueltos á derribarle, lo estaban á menoscabarle considerablemente en su poder y decoro. Bien se vió en el momento en que las reinas hicieron su entrada en Zaragoza. Los alborotadores que dominaban en aquella ciudad, haciéndose obedecer por turbas ciegas, se distinguían entre los demas de España por su caprichosa impetuosidad, y habían cobrado singular aficion á Espartero. Así fué que,